

# La vida en un pueblo colombiano de los años sesenta

Jaime Omar Moreno Monsalve  
Ph.D en Odontología  
Facultad Odontología  
Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Colombia  
Correo electrónico: jaime.moreno@ustabuca.edu.co

Este bonito cuento sucede a finales de los años sesenta en la provincia de García Rovira, Santander, Colombia. Hablamos de Málaga, mi terruño, el de las panuchas, las famosas ferias y fiestas de San Jerónimo, los carnavales del Oriente y, por supuesto, el de mi infancia y principios de mi adolescencia. Después de casi 50 años se añoran los recuerdos de la vida en familia, el magnífico día a día, el amor de mamá con su entrega completa e incondicional al cuidado de todos. Es decir, la felicidad verdadera, quizá no valorada en ese momento, pero añorada siempre, porque somos proclives a “que se añora lo que no se tiene, y poco se valora lo que se tiene”. Juzgaría que estamos diseñados para la nostalgia, no para vivir el día a día. Intentaré que unos bellos momentos resuciten al convertirlos en palabras, tomando la idea de Héctor Abad Faciolince en *El olvido que seremos*, con estos párrafos se evocará y perpetuará la felicidad de momentos que marcaron positivamente mi vida a tan temprana edad.

En aquellos tiempos el periódico *Vanguardia Liberal* cuando llegaba, lo hacía después de la una de la tarde. Luego, desde esa remota época la radio era nuestro ojo para mirar el mundo exterior. Nos entretenía cada final de tarde con sus radionovelas (*Arandú, Kalimán*) y nos alegraba la mañana con la *Escuela de doña Rita*; y a medio día, con programación en vivo desde los radio estudios de la época con Montecristo al pie de la bocina. Se aprendía a imaginar cada sonido que la radio utilizaba para ambientar sus radionovelas....

Otro artefacto que resultaba mágico para los niños, era el teléfono que funcionaba levantando la bocina y esperando que una amable señorita te respondiera desde una central y te conectara con el teléfono del oyente. Ella escuchaba todas las conversaciones. El teléfono era un medio de comunicación limitado, pues que solo pocas familias lo poseían; era un juego o un asunto cercano a la hechicería escuchar la voz del otro a cierta distancia.

Además, la televisión tampoco existía en mi pueblo, y mi primera necesidad de ella surgió debido al deseo de presenciar el evento más significativo para la historia de la humanidad y la tecnología. Era la noche del 20 de julio de 1969, se escuchaban muchas voces de entusiastas voceadores en el parque principal, que concretamente gritaban: “Atención, atención, no se pierdan la llegada del hombre a la lunaaaaaa” “la llega del hombre a la lunaaaaaa”, “compre su pasajeeeee” y viaje hasta el alto de Málaga; así se llamaba al único lugar donde según decían “la televisión podía entrar”. Se requería de zonas con suficiente altura para conseguir la cobertura en la transmisión. Y seguían gritando, allá podrá apreciar en vivo tan magno acontecimiento en la televisión. En mi pueblo esa noche se sentía un carnaval con tan soberbio suceso mundial que por primera vez en mi corta vida podría constatar con mis propios ojos; pero ese apoteósico momento fue truncado con un NO rotundo de mi serio e impenetrable papá, tendría que seguir imaginando el acontecimiento a través de la radio.

Para apaciguar esas ansias de observar el mundo en un televisor, recuerdo que esporádicamente llegaba al atrio del parque principal, frente a la iglesia, un cine ambulante con películas mexicanas en blanco y negro de 35 mm, que se exhibía en una tela blanca para todos los habitantes, en las noches frías de la capital de la provincia de García Rovira. Cada persona llevaba su silla o butaca y abrigo para adentrarse en un mundo mágico.

Sin embargo, en los años setenta, se logró instalar una antena repetidora en el alto de Málaga, y al fin, la televisión en blanco y negro llegó para ser otro miembro de nuestra familia. Recuerdo que en las noches se reunían unas diez personas en nuestra casa para asistir a la programación que se prolongaba hasta pasadas las once de la noche. Y regresaba al otro día solo a las 5 o 6 p.m.

Solo existía un canal para divertirnos, y sí que nos divertíamos, sin necesidad de control remoto o del actual menú inconmensurable. Los sábados por la noche volvía la felicidad y el

gozo con el programa *Operación ja ja* que fue la semilla de *Sábados felices* y, finalizábamos, con la película *Los Monroy*, en el oeste americano donde se representaba la lucha entre indios y blancos.

Los domingos la televisión comenzaba más temprano: a las 10 de la mañana. Eran tantas las ganas de estar frente al televisor, que terminé queriendo un poco la música clásica que interpretaba la Orquesta Sinfónica de Colombia desde el Teatro Colon de Bogotá, en el horario de 10 a 11 a.m. en vivo. Todo este "sacrificio" para posteriormente ver el programa de Fernando González, Pacheco, llamado *Animalandia*.

En aquel entonces, éramos felices con poco, no teníamos que preocuparnos por nada, teníamos nuestros hermanos y padres siempre al lado, sin distracciones, no existía internet, y escuchando la radio podíamos contemplarnos y dialogar sin interrupciones. Tiempos aquellos, que nunca volverán y que espero que reaparezcan a través de este relato.